

Llámame por mis verdaderos nombres, de Thich Nhat Hanh.

No digas que me iré mañana,
pues aún voy llegando.

Mira profundamente:
en cada instante estoy llegando,
para ser el brote de la primavera en una rama,
a ser un pajarito de alas frágiles,
aprendiendo a cantar en mi nuevo nido,
para llegar a ser una mariposa en el corazón de una flor,
para ser una joya oculta en una piedra.

Yo sigo llegando,
para reír y para llorar,
para temer y para esperar,
el ritmo de mi corazón es nacimiento y muerte de todo lo que está vivo.

Soy un insecto en metamorfosis en la superficie de un río
y soy el pájaro que se avienta en picada a saborear al insecto.

Soy una rana nadando feliz
en el agua límpida del estanque
y soy la serpiente
que en silencio se alimenta de la rana.

Soy el niño de Uganda,
sólo huesos y piel,

mis piernas tan flacas como el bambú,

y soy el mercader de armas

que vende mortíferas balas a Uganda.

Soy la niña de doce años,

que refugiada en su lancha,

se tira al mar después de ser violada por un pirata,

y soy el pirata y el corazón incapaz de ver y de amar.

Soy el miembro del Politburó,

con todo el poder en mis manos,

y soy el hombre que tiene que pagar mis “deudas de sangre” con mi
gente,

muriendo lentamente en campos de concentración.

Mi alegría es como la primavera,

tan cálida que hace florecer la tierra.

Mi dolor es como un río caudaloso de lágrimas,

tan inmenso que llena los cuatro océanos.

Por favor, llámame por mis verdaderos nombres,

así puedo escuchar mis risas y llantos de una sola vez,

así puedo ver que mi alegría y pena son la misma.

Por favor, llámame por mis verdaderos nombres,

así puedo despertar mi corazón

y dejar abierta

la puerta de la compasión.